

## PRÓLOGO

*En el que suceden un montón  
de cosas, quizá incluso  
demasiadas para una  
pequeña princesita*

**L**a princesa Ágata era una niña y tenía un problema... Pero esta historia comienza mucho antes del problema. Su principio no tiene nada que ver con Ágata. Esto es algo que debéis saber, antes de que sigáis leyendo y penséis que la escritora se ha vuelto loca, puesto que el nombre de Ágata aparece en el título y, sin embargo, durante un buen rato no hablará de ella, o, si lo hace, será solo un poquito.

En las historias hay siempre un porqué; también en esta, lo descubriréis más adelante.

El problema de Ágata era su madre.

La reina Olga era la reina más bella de todos los reinos del norte, del sur, del este y del oeste. Lo sabía muy bien, y cultivaba cada aspecto de su belleza igual que se cultiva un jardín: con atención y mil cuidados. Solo se ponía vestidos de colores que la favorecieran, como el verde, el celeste o el azul marino. Se hacía traer desde sitios muy lejanos cremas y ungüentos para mantener su piel de terciopelo suave y lisa; intentaba no estar nunca ni demasiado alegre ni demasiado triste, para evitar esas horribles

arrugas que se forman cuando se hacen algunos gestos, se ríe o se llora.

La reina estaba tan pendiente de su propia belleza que casi no se acordaba de que tenía una hija. Prefería dejarla al cuidado de las niñeras o del servicio doméstico, porque creía que ocuparse de ella requería un gran esfuerzo, «uno de esos que hacen que con el tiempo te salgan arrugas», pensaba.

Pero, de vez en cuando, pedía ver a Ágata. Le gustaba verla vestida elegantemente, con vestidos que eran como los suyos en miniatura, y mirarla mientras daba los primeros pasos o jugaba con la pelota dorada y perseguía a su perrito blanco.

Para ella, Ágata era como una pequeña y preciosa muñeca, y como

además era muy graciosa, se divertía mucho con ella.

Ágata admiraba mucho a su madre y, cada vez que la veía, se sentía muy feliz.

La contemplaba como hechizada por su belleza, por la expresión de sus ojos, que brillaban como perlas, y por el resplandor de sus joyas.

Pero las cosas propias de su edad, como jugar, tener berrinches o ensuciarse las rodillas no las hacía con la reina, sino con su cuidadora y sus doncellas, de quienes recibía mimos.

Para Ágata era algo normal, porque la reina era la única madre que tenía, y viviendo en palacio, no podía saber si las otras madres eran diferentes a la suya. No se preguntaba si todas las



madres que son reinas se comportan así con sus hijos.

Ahora bien, puede haber alguien que envidie las cosas bellas porque desee tenerlas y no pueda...

Un día, una bruja que vivía en el bosque —y ya nos podemos imaginar que, al ser una bruja, bella, muy bella no era— se cansó de que la gente estuviera siempre hablando del extraordinario aspecto de la reina, también de que no la invitaran a las fiestas de palacio con la excusa de que si la veían los demás invitados, saldrían corriendo.

—¿Qué tendrá ella que no tenga yo? —se quejaba mientras contemplaba su imagen en el espejo, su enorme nariz aguileña llena de verrugas.



—Seguro que tiene algo que tú no tienes —graznaba su cuervo de compañía, mirándola fijamente desde lo alto del espejo.

Y ella le lanzaba un zapato, una patata o lo que tuviera más a mano, sin llegar a darle nunca, porque la bruja era miope y se empeñaba en no ponerse las gafas.

—Pero —dijo un día— yo tengo algo que ella no tiene: ¡la magia!

Y así empezó a buscar entre sus enormes libros de magia algún

encantamiento que pudiera servirle. Porque se le había ocurrido una cosa... algo cruel y divertida a la vez, que daría una lección a esa reina remilgada y a sus súbditos. Y además, podría ser bueno para ella.

Buscando y rebuscando entre las páginas de sus libros, finalmente encontró justo lo que necesitaba.

—Mmm, ¡aquí está!:

ENCANTAMIENTO PARA QUE LOS  
ESPEJOS MIENTAN. ¡Es perfecto!  
¿Cuál es la fórmula mágica?

*Quien es bello feo será  
y quien es feo te fascinará.*

En vez de reflejar con fidelidad el aspecto de quien esté delante, los



espejos encantados devolverán la imagen contraria.

—Bien, bien..., quien sea guapo se verá feo... ¡y al revés! —exclamó la bruja—. ¿Qué ingredientes necesito? —Y se puso inmediatamente manos a la obra.

Al pronunciar el conjuro con solemnidad sobre un enorme caldero humeante de hierbas secretas y sustancias venenosas, el encantamiento entró en funcionamiento. El espejo se cubrió de humo y, cuando se hizo de nuevo visible, la bruja se contempló curiosa. Ahora se veía sin verrugas y sin su nariz aguileña: ¡vaya, sí que era guapa!

Para ser mas exactos, sí que se veía guapa, porque, en realidad, seguía siendo igual que antes. Aunque quien



se ve guapo también se siente guapo,  
y vamos, todo cambia para mejor.

La bruja estaba impaciente por ver  
el efecto de su encantamiento en la  
reina. Así que se envolvió en su capa,  
que la hacía invisible, y salió volando  
montada en su escoba.

Llegó en el mejor momento. Todos  
los espejos del castillo se habían

cubierto de humo, como había ocurrido antes con el suyo, justo cuando peinaban la larga melena de la reina en infinitas trenzas.

La reina gritaba, porque la doncella le tiraba del pelo; gritaba, pero resistía, porque alguien le había dicho, mucho tiempo atrás, que para estar guapa hay que sufrir. Y ella prefería sufrir y que la peinaran que no sufrir e ir despeinada.

—Auuu... auuu... ay... ay... pero ¿se puede saber qué pasa? Me pican los ojos, se me va a echar a perder el maquillaje... ¡Llamad a alguien para que haga desaparecer el humo! —gritó la reina.

Llegaron las doncellas con sus abanicos, y cuando el humo hubo

desaparecido, la reina se miró al espejo, dio un grito y se desmayó.

La bruja soltó una carcajada y salió volando por la ventana: misión cumplida.

Mientras tanto, las damas se acercaron para reanimar a la reina, que abrió los ojos, miró de nuevo su imagen en el espejo y se volvió a desmayar.

—Pero... ¿qué ocurre? —dijo una de ellas mientras las demás intentaban reanimar a la reina.

Se detuvo delante del espejo y contuvo la respiración. Ella no se reconocía, bueno, sí, pero mucho más guapa. No es que la dama fuera fea, sino muy seria, y el espejo encantado le devolvía la imagen de una joven alegre y sonriente.